

BIBLIOTECA CLÁSICA
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

VOLUMEN 33

EL ABENCERRAJE



CON EL PATROCINIO DE



EL ABENCERRAJE

EDICIÓN, ESTUDIO Y NOTAS DE
EUGENIA FOSALBA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
MADRID
MMXVII

SUMARIO

Presentación

IX

EL ABENCERRAJE

Versión de la «Crónica»

5-34

Versión del «Inventario»

37-58

Versión de la «Diana»

61-80

ESTUDIO Y ANEXOS

Versiones, autorías, fuentes y fortuna
del «Abencerraje»

83

Anexos

257

Aparato crítico

297

Notas complementarias

303

Bibliografía

329

Índice de notas

351

Tabla

Pocos años antes de la rebelión de las Alpujarras (1568-1571), cuando la población morisca de Granada se alzó en armas y se desató una de las guerras más cruentas del siglo XVI, se publicó en tres versiones distintas la historia de la amistad —tras desigual escaramuza— entre el militar cristiano Rodrigo de Narváez y el noble moro Abindarráez Abencerraje. Pese al sangriento contexto histórico del que surgía, el relato estaba escrito «con pluma de ala de algún ángel», según apuntó al margen del ejemplar de una de las versiones que poseía el bibliógrafo Bartolomé José Gallardo, subyugado por su delicadeza. La breve historia, en efecto, se acercaba con mano sensible al trato humano entre personajes enfrentados por la raza, la religión y la guerra, como también resultaba ser una prodigiosa y sutil síntesis de tradiciones distintas: ecos de romance fronterizo, recuerdos cronísticos, lances caballerescos, pinceladas de Ariosto, escenas boccaccianas, los augurios trágicos de la fábula ovidiana de Píramo y Tisbe, la sensual melancolía de Sannazaro y el reciente lirismo de Garcilaso.

Todos estos elementos daban una pátina de encanto a la trama irresistible de la novela: un superviviente de la casta de los abencerrajes, el joven Abindarráez, se ampara en la oscuridad de la noche para traspasar furtivamente la zona fronteriza cuando es sorprendido por una partida de Rodrigo de Narváez. El aguerrido moro se defiende con arrojo de las acometidas de los soldados de Narváez, y al caer preso irremediamente, el capitán cristiano, haciéndose eco de la empatía que los romances fronterizos derrochaban hacia las pérdidas musulmanas, lo invita a desahogarse sobre las causas de una herida que parece mucho más honda que las infligidas por sus adversarios. En cuanto conoce la clandestina historia de amor de su cautivo, el capitán cristiano no puede por menos de concederle el plazo de tres días para que acuda a los brazos de su amada, con el compromiso de regresar de inmediato a la fortaleza de Álora. Impresionado por las cualidades del noble musulmán, Rodrigo de Narváez no hace más que poner en práctica la clemencia con el enemigo que poco después defendería la ideología castrense de Jerónimo Jiménez de Urrea en su *Diálogo de la verdadera honra militar*. ¿Logrará Abindarráez, antes de que rompa el alba, alcanzar la fortaleza de Coín donde lo aguarda angustiada Jarifa? ¿Hará el noble moro buen uso de la libertad que tan gentilmente le ha concedido Narváez?

A todo lo largo del siglo XX, los lectores del cuento se han inclinado casi siempre, y parece que siguen haciéndolo, por la versión que en privado había ensalzado Gallardo, y que en público habían puesto por los cielos historiadores de la talla de Menéndez y Pelayo y Marcel Bataillon; la misma versión que Antonio de Villegas, un poeta vallisoletano muy de segunda fila, reprodujo en su *Inventario*, publicado en 1565. Por entonces, Villegas llevaba más de un decenio haciéndose lenguas de su propia obra completa sin atreverse a sacarla a la luz. Como se había burlado de la exitosísima *Diana* de Jorge de Montemayor en un opúsculo paródico, incluido en su miscelánea con el título de «Ausencia y soledad de amor», cuando por fin se imprimieron sus tan cacareadas prendas prosísticas y poéticas, más de uno, como Damasio Frías, se rio descarnadamente de los que juzgaba con sorna tan torpes como pretenciosos intentos. La labor de Villegas con respecto al *Abencerraje* se limitaba, por lo demás, a la poda de fragmentos de cariz militar o erótico, así como al ligero pulimento estilístico de una versión anónima del mismo cuento que circulaba en formato de pliego suelto, dedicada a un gran señor, Jerónimo Jiménez Dembún, que había sido nada menos que mano derecha del emperador en el reino de Aragón y esposo de la hermosa sobrina de Pedro Manuel de Urrea. Esta versión, muy maltratada por la crítica desde siempre, carecía hasta hoy de una edición crítica y debidamente anotada, aunque es la más cercana de las conservadas al texto original del *Abencerraje*. Es posible, bastante posible, por sus deudas literarias e ideológicas, fuertemente italianizadas, que esta primera versión fuera obra del ya mencionado Jerónimo Jiménez de Urrea, autor de una famosa traducción del *Orlando furioso* (1549). Hijo ilegítimo y muy pronto huérfano del Vizconde de Biota, Jiménez de Urrea se crió a la sombra de los poderosos de Épila y sus alrededores, de donde era oriundo su tocayo, a quien se dedicó el *Abencerraje* más antiguo. Parece ser que muy pronto se afincó en Italia, lo que facilitaría que perdiera el control de una obra publicada en España a todas luces sin permiso de su autor.

No menos desafortunado fue el trato que durante el siglo pasado se dio a la versión del *Abencerraje* incluida en el libro cuarto de la *Diana* de Montemayor a partir de 1561. El rechazo por parte de los historiadores de la literatura fue también unánime (incluido otra vez Menéndez y Pelayo), además de que se desestimó la autoría de Montemayor de forma más automática que reflexiva,

cuando era perfectamente posible que este hubiera autorizado la inclusión de dicho relato en su novela, de la misma manera que se añadió en apéndice a la edición vallisoletana de 1561 una «Fábula de Píramo y Tisbe», hasta entonces inédita, que nadie ha puesto en duda jamás que fuera obra del autor de la primera novela pastoril española.

La reivindicación de la autoría de Montemayor puede contribuir con eficacia a la reconsideración de la valía literaria de esta última versión, la más libre y volcada en la descripción de los afectos. Pues parece evidente que fue un gran narrador como Montemayor no solo el responsable de que, en la novela europea, la acción abandonara la calle y pasara al interior del personaje, sino también quien, con un inocente *remake* añadido a su *bestseller*, causó un incendio inextinguible en la imaginación orientalista de todos los tiempos.

I

VERSIÓN DE LA «CRÓNICA»

PARTE DE LA CRÓNICA
DEL ÍNCLITO INFANTE DON FERNANDO
QUE GANÓ A ANTEQUERA,¹

en la cual trata cómo se casaron a hurto
el Abencerraje Abindarráez con la linda Jarifa,² hija
del alcaide de Coín, y de la gentileza y liberalidad que
con ellos usó el noble caballero Rodrigo de Narváez,
alcaide de Antequera y Álora, y ellos con él.³

¹ En la época era la fórmula habitual para referirse al rey Fernando I de Aragón.^o

² El matrimonio se celebró *a hurto* porque fue clandestino; en *se casaron... Abindarráez con la linda Jarifa* la concordancia es *ad sensum*.^o

³ El Rodrigo de Narváez histórico fue nombrado *alcaide* o 'jefe militar de la fortaleza' de Antequera en 1410; en el cuento también se le atribuye la alcaidía de Álora, que se conquistó setenta años más tarde, un evidente anacronismo.^o

*Al muy noble y muy magnífico señor,
el señor Jerónimo Jiménez Dembún,
señor de Bárboles y Uitura,
mi señor.⁴*

Como yo sea tan afectado servidor de Vuestra Merced,⁵ muy noble y muy magnífico Señor, como de quien tantas mercedes tengo recibidas y a quien tanto debo, deseando que se ofreciese alguna cosa en que me pudiese emplear para demostrar y dar señal de esta mi afición, habiendo estos días pasados llegado a mis manos esta obra o parte de crónica que andaba oculta y estaba inculta,⁶ creo a falta de los escritores,⁷ procuré, con fin de dirigirla a Vuestra Merced, lo menos mal que pude, sacarla a luz, enmendando algunos defectos de ella, porque en parte estaba confusa y no se podía leer, y en otras estaba defectiva y las oraciones cortadas y sin dar conclusión a lo que trataba, de tal manera que aunque el proceso era apacible y gracioso,⁸ por algunas impertinencias que tenía la hacían insípida y desabrida.⁹ Y hecha mi diligencia como supe, comunicada con algunos mis amigos, parecióme que les agradaba, y así me aconsejaron y animaron a que la hiciese imprimir, mayormente por ser obra acaecida en nuestra España, la cual carece de cosas de esta cualidad, más por defecto de escritores que de quien las haya obrado (como Vuestra Merced, a quien las musas son tan familiares, tuve entendido).¹⁰ Y no atreviéndome con mi flaca bar-

⁴ Bárboles era un 'lugar' (o 'aldea', pero con autonomía jurídica) de 'señorío' (es decir, que estaba sujeto a un señor, a diferencia de los realengos, con tributos y derechos reales). La adyacente Oitura era aldea de Bárboles, de la que dependía jurídicamente. Ambas poblaciones se sitúan en la Ribera Alta del Ebro, zona agrícola densamente poblada de moriscos en aquellos años. Jerónimo Jiménez Dembún fue baile general de Aragón desde 1537 hasta 1548, cuando casó con doña Blanca de Sesé; más tarde, hacia 1558, fue uno de los defensores de los moriscos frente al Santo Oficio, cuando se les prohibió llevar armas.^o

⁵ *afectado*: 'afecto, devoto'.

⁶ 'sin pulir'.

⁷ 'por culpa de los copistas'.

⁸ *proceso*: 'desarrollo'.^o

⁹ *impertinencias*: 'prolijidades'. El comentario acerca del hallazgo de un manuscrito en precarias condiciones que el autor se ha propuesto enmendar y ampliar recuerda otros prólogos de novelas de caballerías, como el de Garci Rodríguez de Montalvo al *Amadís de Gaula*. De ahí que bien pueda tratarse de un recurso manido para conferir verosimilitud a la obra.^o

¹⁰ *por defecto de escritores*: 'por falta de autores'. La queja, aplicada a España, es un lugar común en autores como Juan de Mena, Fernán Pérez de Guzmán y Jerónimo de Urrea.^o

quilla pasar tan alta ribera como es la de los detractores sin el favor de quien puede ilustrar cualquier peregrino ingenio,¹¹ atrevime a arrimarla al amena sombra de Vuestra Merced, debajo de cuyo amparo gozase del favor que por mi flaca musa no merecía serle comunicado. Suplico a Vuestra Merced humildemente, imitando al sol, el cual sin distinción de los buenos a los no tales comunica su luz,¹² reciba esta obrecilla por suya, y así será reputada por buena, y reciba este pequeño talento de quien siempre desea servir a vuestra merced con aquel ánimo que se le ofrece,¹³ cuya vida, con aumento de estado,¹⁴ en compañía de mi señora doña Blanca de Sesé,¹⁵ con los amados sucesores, felicísimamente por luengos años Nuestro Señor conserve y guarde, como sus servidores deseamos.

¹¹ El ingenio es *peregrino* por 'raro'. Hay un recuerdo aquí de la «flaca barquilla de mis pensamientos» de la copla 298 —supuestamente apócrifa— del *Laberinto de Fortuna* de Juan de Mena, que responde al tópico de los poetas que comparan su obra a una navegación enfrentada al mar proceloso de sus posibles detractores.^o

¹² La imagen del sol que a todos sin distinción ilumina remite a Mateo 5, 45: «para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos».

¹³ *talento*: es antigua moneda (aquí, la propia obra) que no se entierra, sino que se entrega al señor, como se espera del servidor virtuoso y fiel, en cuyas manos los bienes fructifican, según aconseja la metáfora bíblica de Mateo 25, 14-30, y Lucas 19, 11-27.

¹⁴ *aumento de estado*: fórmula de despedida que desea mejora de posición social y económica al dedicatario.

¹⁵ Dama al parecer de gran belleza, sobrina política del poeta Pedro Manuel de Urrea y pariente por esta vía de Jerónimo Jiménez de Urrea, posible autor de esta «crónica» (véase el Estudio).^o

COMIENZA LA OBRA

Dice la crónica que en el tiempo del Infante don Fernando, que ganó Antequera,¹⁶ fue un caballero que se llamó Rodrigo de Narváez,¹⁷ notable en virtudes y hechos de armas. Este hizo muchas veces peleando contra moros cosas de mucho esfuerzo y valentía,¹⁸ mayormente en aquella empresa y guerra de Antequera, donde hizo cosas dignas de mucha memoria, sino que esta nuestra España tiene en tan poco el esfuerzo,¹⁹ por serle tan natural cosecha,²⁰ que le parece que todo lo posible es poco. No como aquellos romanos y griegos, que cualquier hombre que una vez se aventuraba a morir, toda la vida le hacían inmortal en sus escrituras y le querían deificar y trasladar en las estrellas.²¹ Hizo este caballero en aquella guerra tanto en servicio de su ley y de su rey,²² que después de ganada la villa le hizo alcaide de ella, porque, pues había séido tanta parte para ganalla, lo fuese también para defendella.²³ Hízolo también alcaide de Álora, de suerte que tenía cargo de ambas fuerzas, repartiendo el año en ambas partes y acudiendo siempre adonde había más necesidad, aunque a lo más ordinario residía en Álora, y allí tenía siempre cincuenta escuderos hijosdalgo a los gajes del rey para la defensa y seguridad de la fuerza.²⁴ Y este número nunca faltaba, como los cuatrocientos inmortales del rey, porque si moría o mataban alguno, luego ponían otro.²⁵ Tenían todos tanta virtud y esfuerzo en su capitán que ninguna empresa les era difícil. Y así en todos los rebates y escaramuzas que tenían con los moros ganaba honra y provecho,²⁶ de que andaban todos ricos y contentos siem-

¹⁶ La conquista de Antequera tuvo lugar, en efecto, durante la regencia de don Fernando en la zona meridional del reino de Castilla, en 1410, dos años antes de su coronación como rey de Aragón, gracias al apoyo de los Urrea, entre otros.^o

¹⁷ *fue*: 'hubo'.

¹⁸ *esfuerzo*: 'ánimo, brío, valor'.

¹⁹ *sino que*: 'pero'.

²⁰ *natural cosecha*: 'común'.

²¹ Según la interpretación evemerista, el origen remoto de los mitos procede de héroes históricos; la fama magnificada y trasladada a las estrellas provie-

ne del lugar común «sic itur ad astra», o más brevemente, «ad astra» ('hasta las estrellas').^o

²² *ley* vale aquí por 'religión'.

²³ *séido*: 'sido'. Más que aragonesismo parece aquí arcaísmo.

²⁴ *gajes*: 'emolumentos, pagas por servicios al rey'; *fuerza*: 'fortaleza'.

²⁵ Los *inmortales* no eran cuatrocientos sino diez mil soldados persas, a las órdenes de Jerjes, según Herodoto (*Historia*, VII, 83).^o

²⁶ *rebate*: estrategia de defensa que se improvisa ante el súbito ataque del enemigo; la *escaramuza* es una lucha ecues-

pre. Tenía el alcaide sus espías entre los moros que le avisaban para lo que había de hacer, y así no perdían coyuntura en ofender a sus enemigos y defenderse de ellos.

Pues una noche, acabando de cenar, que hacía tiempo muy sosegado, el alcaide dijo a todos ellos aquestas palabras:

—Paréceme, hijosdalgo, señores y hermanos, que ninguna cosa despierta tanto los corazones y ánimos de los hombres como el continuo ejercicio de las armas, porque con la experiencia se hacen cautos y avisados,²⁷ y aprenden a tener un mismo rostro a la fortuna próspera como adversa, de suerte que en las adversidades el ánimo se enflaquece ni decae,²⁸ ni en las prosperidades se ensoberbece ni eleva. Y por esto está tan claro, que para proballo yo no he menester testigos estraños, siendo vosotros tan verdaderos testigos de ello como por vuestras obras ha parecido y cada día parece.²⁹ Digo esto porque me parece que han pasado muchos días en que no habemos hecho cosa que demos muestra de nuestras personas,³⁰ y nuestra fama y honra se acreciente. Y sería yo dar mala cuenta de mí y del cargo que tengo si, teniendo tan virtuosa y valiente compañía, dejase pasar el tiempo en balde. Paréceme, señores, si os parece, pues la claridad de la noche nos convida, que sería bien dar a entender a nuestros vecinos que los que guardan a Álora no duermen. Agora que yo he dicho mi voluntad, hágase lo que os pareciere.

Y callando el alcaide, luego todos a una voz dijeron que él ordenase de ellos a su voluntad, que todos le seguirían. Oído esto por el alcaide y vista la buena voluntad y la afición que le tenían, dijo:

—Pues hágase así, señores: esta noche vamos solos diez de nosotros, porque la fuerza quede guardada con los demás, que a ellos ya quedará tiempo para emplear otras veces.

Lo cual a todos ellos pareció muy bien. Y así luego, nombrando el alcaide nueve de ellos, los que mejor le pareció,³¹ aquellos nombrados luego se comenzaron de armar, y siendo armados y cabalgan-

tre, propia de la frontera, en que los contendientes, montados a la jineta (con estribos cortos), acometen y hacen ademán de huir.

²⁷ *cautos*: 'prevenidos, pródidos, cuidadosos'; *avisados*: 'prudentes, discretos o sagaces'.

²⁸ Léase 'no se enflaquece'.

²⁹ *parece*: 'se echa de ver'.

³⁰ 'no hemos protagonizado ninguna hazaña con la que hayamos dado prueba de nuestras virtudes.'

³¹ Puede que aquí haya un recuerdo de los «Nueve de la Fama» mencionados por primera vez por Jacques de Longuyon (1312); una selección de los mejores caballeros de la historia: tres bíblicos, tres paganos y tres cristianos.^o

do en sus caballos, salieron por una puerta falsa que la fortaleza tenía, por ir más secretos, y a poco trecho que caminaron, llegando adonde el camino en dos partes se dividía, deteniéndose el alcaide, les dijo:

—Ya podría ser que yendo todos juntos por un camino se nos fuese la caza por el otro, si acaso la hay. Paréceme que será bien que nos apartemos y vosotros toméis este camino de la mano izquierda, y con estos cuatro, tomaré estotro. Y si acaso los unos toparen enemigos que no basten a vencerlos, toque uno su cuerno y a la señal acudan los otros en su ayuda.

Y quedando en esto resolutos, el alcaide tomó su camino y los otros tomaron el suyo, y así empezaron a caminar.

Acaeció, pues, que yendo los cinco escuderos hablando en diversas cosas,³² el uno de ellos que iba más delante dijo:

—Teneos, compañeros, que o yo me engaño o viene gente por este camino.³³

Entonces todos, parándose y escuchando con mucha atención, sintieron lo mismo,³⁴ y metiéndose entre unas espesuras de árboles que a una parte del campo se hacían, oyeron cerca el ruido. Y mirando hacia delante, hasta poco vieron venir por el camino donde ellos iban un gentil moro en un caballo ruano.³⁵ El moro era grande y parecía bien a caballo:³⁶ traía vestida una marlota de carmesí y un albornoz de damasco de la misma color,³⁷ todo bordado de hilo de oro y plata: en la cinta traía una hermosa cimitarra y traía una adarga grande,³⁸ y el brazo derecho arremangado, y en la mano una hermosa y larga lanza de dos hierros,³⁹ y en su cabe-

³² *hablar en*: ‘hablar de’; *escudero*, aquí, ‘soldado novicio’ y no hidalgo que porta el escudo del caballero.

³³ En el triángulo que va de Antequera a Álora y Cártama, camino en que se desarrolla el cuento, se abría una vía de guerra por la que los cristianos se dirigían a Málaga.^o

³⁴ *sintieron*: ‘oyeron’.

³⁵ *hasta poco*: ‘al poco rato’; *ruano* es el caballo de pelaje mezcla de blanco, gris y bayo (o blanco amarillento).

³⁶ *parecía bien*: ‘ofrecía una bella imagen’.^o

³⁷ El *damasco* es seda tupida con dibujos formados con el tejido, típica-

mente oriental; el *albornoz* era capa de camino adecuada para cabalgar; muy usada a su vez por los musulmanes; *carmesí* es color rojo intenso con algunos matices de púrpura; *marlota* era vestidura mora que podía ser muy lujosa, de forma acampanada, hasta media pierna, abierta por delante.^o

³⁸ *adarga*: escudo de piel, ante o cuero; *cimitarra*: alfanje o sable curvado a la manera de una hoz.^o

³⁹ *lanza de dos hierros*: pieza de hierro bifurcada, con dos puntas agudas, paralelas, o en posición divergente, que se usaba de arma arrojada por el caballero que montaba a la jineta.^o

za una rica toca tunecí, que dando muchas vueltas por ella, le servía de hermosura y defensa a su persona, con muchos rapacejos de oro colgando y muchas perlas muy gruesas,⁴⁰ de que muy hermoso se divisaba. En este hábito venía el moro mostrando muy gentil continente,⁴¹ y cantaba un cantar que compuso en la dulce remembranza de sus amores,⁴² que decía:

Nacido en Granada
de una linda mora,
criado en Cártama,
enamorado en Coín,
frontero de Álora.⁴³

E como traía el corazón enamorado, a todo lo que hacía y decía daba tanta gracia, que los escuderos que le escuchaban, cuasi como trasportados de verle y oírle, erraron poco de dejarle pasar.⁴⁴ Pero vueltos en sí, viéndolo llegar cerca, salieron de la emboscada al raso, y el moro, viéndose salteado,⁴⁵ volvió la cabeza con gentil ánimo y continente, y apercibiéndose,⁴⁶ aguardó lo que harían. Pues estando así aguardando el moro, los cuatro escuderos se apartaron a una parte y el uno de ellos, solo, se fue para él, y entre los dos comenzaron a escaramuzar con mucha destreza,⁴⁷ porque ambos lo hacían a maravilla bien. Mas como el moro fuese más diestro, dio al escudero dos lanzadas que dio con él y con el caballo malherido en tierra.⁴⁸ Entonces fueron dos de los escuderos juntos para el moro pareciéndoles que era muy fuerte, y él comenzó a guardarse de ellos porque lo apretaban mucho. Mas como él traía muy buen caballo y sabía bien lo que había de hacer, entraba y salía en ellos a

⁴⁰ *rapacejos*: 'fleclos de cordoncillos de estambre, seda o metal'.

⁴¹ *continente*: 'semblante, actitud, aspecto'.

⁴² *remembranza* es voz por la que tienen preferencia los poetas italianizantes, y que emplea Urrea en su *Orlando Furioso*.^o

⁴³ Esta breve cancioncilla de corte tradicional pierde en la versión del *Inventario* el segundo hexasílabo, y en la *Diana* alarga todos sus versos en octosílabos y prolonga la estrofa.^o

⁴⁴ 'estuvieron a punto de dejarlo pasar'.

⁴⁵ 'asaltado en medio del campo'.

⁴⁶ 'preparándose'.

⁴⁷ Las tres versiones abordan esta coreografía ecuestre con variantes significativas; la de la *Crónica* es la que más fielmente se atiene a la que, en rigor, se conoce como táctica militar de la *escaramuza* (véase la nota 26), contaminada por los juegos de cañas.^o

⁴⁸ *dio*: léase 'dieron'.

II

VERSIÓN DEL «INVENTARIO»
DE ANTONIO DE VILLEGAS

Este es un vivo retrato de virtud, liberalidad, esfuerzo, gentileza y lealtad, compuesto de Rodrigo de Narváez y el Abencerraje y Jarifa, su padre, y el rey de Granada, del cual, aunque los dos formaron y dibujaron todo el cuerpo,¹ los demás no dejaron de ilustrar la tabla y dar algunos rasguños en ella.² Y como el precioso diamante engastado en oro o en plata o en plomo siempre tiene su justo y cierto valor por los quilates de su oriente,³ así la virtud en cualquier dañado sujeto que asiente, resplandece y muestra sus accidentes,⁴ bien que la esencia y efecto de ella es como el grano que cayendo en buena tierra se acrecienta y en la mala se perdió.⁵

¹ Rodrigo de Narváez y Abindarráez son los dos personajes que forman aquí todo el cuerpo del cuadro de valores morales que Villegas sitúa en el centro del relato. En empresas o emblemas el cuerpo corresponde a la imagen, a diferencia del alma o texto.

² rasguño: 'esbozo o tanteo'; es término de la técnica pictórica.

³ oriente: en rigor, 'brillo especial de las perlas'.

⁴ dañado sujeto equivaldría a 'individuo perjudicado', aquí referido probablemente al Abencerraje —el protagonista musulmán del relato—, en quien,

no obstante, pueden darse los *accidentes* o 'cualidades' de la virtud, toda vez que se *asiente* en él.

⁵ bien que: 'por más que'; locución adversativa que introduce cierta reticencia a la liberalidad de la frase anterior. Se parafrasea aquí la parábola bíblica del sembrador (Mateo 13, 3 y ss.; Marcos 4, 3 y ss.; Lucas 8, 5 y ss.), en la que la semilla es la palabra de Dios; cuando cae en buena tierra, penetra en los que retienen la palabra oída y da fruto con perseverancia; en cambio, las semillas que caen en caminos o entre espinos o zonas pedregosas no prosperan.

EL ABENCERRAJE

Dice el cuento que en tiempo del infante don Fernando, que ganó a Antequera,⁶ fue un caballero que se llamó Rodrigo de Narváez, notable en virtud y hechos de armas. Este, peleando contra moros, hizo cosas de mucho esfuerzo, y particularmente en aquella empresa y guerra de Antequera hizo hechos dignos de perpetua memoria, sino que esta nuestra España tiene en tan poco el esfuerzo (por serle tan natural y ordinario) que le parece que cuanto se puede hacer es poco.⁷ No como aquellos romanos y griegos que al hombre que se aventuraba a morir una vez en toda la vida le hacían en sus escritos inmortal y le trasladaban en las estrellas. Hizo pues este caballero tanto en servicio de su ley y de su rey, que después de ganada la villa, le hizo alcaide de ella para que, pues había sido tanta parte en ganalla, lo fuese en defendella.⁸ Hízole también alcaide de Álora, de suerte que tenía a cargo ambas fuerzas, repartiendo el tiempo en ambas partes y acudiendo siempre a la mayor necesidad. Lo más ordinario residía en Álora, y allí tenía cincuenta escuderos hijosdalgo a los gajes del rey, para la defensa y seguridad de la fuerza, y este número nunca faltaba, como los inmortales del rey Darío, que en muriendo uno, ponían otro en su lugar.⁹ Tenían todos ellos tanta fe y fuerza en la virtud de su capitán, que ninguna empresa se les hacía difícil y así no dejaban de ofender a sus enemigos y defenderse de ellos, y en todas las escaramuzas que entraban salían vencedores, en lo cual ganaban honra y provecho, de que andaban siempre ricos.

Pues una noche acabando de cenar, que hacía el tiempo muy sosegado, el alcaide dijo a todos ellos estas palabras:

—Paréceme, hijosdalgo, señores y hermanos míos, que ninguna cosa despierta tanto los corazones de los hombres como el continuo ejercicio de las armas, porque con él se cobra experiencia en

⁶ Véase la nota 1 de la p. 5. Para la aclaración o comentario de determinados pasajes, se remite ocasionalmente a las explicaciones ya dadas en las notas a la versión de la *Crónica*. En el índice de notas se pueden consultar los lugares en que se da razón de términos o expresiones que entrañan alguna dificultad.

⁷ Véase la nota 10 de la p. 7.

⁸ Véase la nota 3 de la p. 5.

⁹ Véanse las notas 24 y 25 de la p. 9. El nombre del rey persa Darío, ausente en la *Crónica*, se pronunciaba antiguamente Darío. Villegas, tratando de rellenar el hueco del nombre del rey en la *Crónica*, citando probablemente de memoria, confundió al rey persa Jerjes, por el más célebre Darío.

las propias y se pierde miedo a las ajenas. Y de esto no hay para qué yo traya testigos de fuera, porque vosotros sois verdaderos testimonios. Digo esto porque han pasado muchos días que no hemos hecho cosa que nuestros nombres acreciente, y sería dar yo mala cuenta de mí y de mi oficio, si teniendo a cargo tan virtuosa gente y valiente compañía, dejase pasar el tiempo en balde. Parecéme, si os parece, pues la claridad y seguridad de la noche nos convida, que será bien dar a entender a nuestros enemigos que los valedores de Álora no duermen. Yo os he dicho mi voluntad, hágase lo que os pareciere.

Ellos respondieron que ordenase, que todos le seguirían. Y nombrando nueve de ellos,¹⁰ los hizo armar, y siendo armados, salieron por una puerta falsa que la fortaleza tenía, por no ser sentidos, por que la fortaleza quedase a buen recado. Y yendo por su camino adelante, hallaron otro que se dividía en dos. El alcaide les dijo:

—Ya podría ser que, yendo todos por este camino,¹¹ se nos fuese la caza por este otro. Vosotros cinco os id por el uno, yo con estos cuatro me iré por el otro, y si acaso los unos toparen enemigos que no basten a vencer, toque uno su cuerno, y a la señal acudirán los otros en su ayuda.

Yendo los cinco escuderos por su camino adelante, hablando en diversas cosas, el uno de ellos dijo:

—Teneos, compañeros, que o yo me engaño, o viene gente.

Y metiéndose entre una arboleda, que junto al camino se hacía, oyeron ruido. Y mirando con más atención, vieron venir por donde ellos iban un gentil moro en un caballo ruano; él era grande de cuerpo y hermoso de rostro, y parecía muy bien a caballo. Traía vestida una marlota de carmesí y un albornoz de damasco del mismo color, todo bordado de oro y plata. Traía el brazo derecho regazado y labrada en él una hermosa dama,¹² y en la mano una gruesa y hermosa lanza de dos hierros. Traía una darga y cimitarra, y en

¹⁰ Véase la nota 31 de la p. 10.

¹¹ Véase la nota 33 de la p. 11.

¹² *regazado*: se aplicaba a la falda recogida en el *regazo*; aquí, por analogía, significa que el albornoz iba recogido sobre el hombro (o *arremangado*, que es la lección correcta que trae consigo la *Crónica*); en esta versión se amplifica la imagen, aludiéndose a que así quedaba

al descubierto la imagen femenina que Abindarráz llevaba *labrada* ('bordada') en el brazo, hay que suponer en la boca de la manga de la marlota que asomaba bajo el albornoz *arremangado*, como solía hacerse. Pero si el moro sujetaba con ese mismo brazo una lanza, difícilmente podría apreciarse el dibujo en la distancia.

la cabeza una toca tunecí que dándole muchas vueltas por ella, le servía de hermosura y defensa de su persona. En este hábito venía el moro, mostrando gentil continente, y cantando un cantar que él compuso en la dulce membranza de sus amores, que decía:

Nacido en Granada,
criado en Cártama:
enamorado en Coín,
frontero de Álora.¹³

Aunque a la música faltaba el arte, no faltaba al moro contentamiento, y como traía el corazón enamorado, a todo lo que decía daba buena gracia. Los escuderos, trasportados en verle, erraron poco de dejarle pasar, hasta que dieron sobre él. Él, viéndose saltado, con ánimo gentil volvió por sí,¹⁴ y estuvo por ver lo que harían. Luego, de los cinco escuderos, los cuatro se apartaron y el uno le acometió, mas como el moro sabía más de aquel menester, de una lanzada dio con él y con su caballo en el suelo. Visto esto de los cuatro que quedaban, los tres le acometieron, pareciéndoles muy fuerte, de manera que ya contra el moro eran tres cristianos, que cada uno bastaba para diez moros, y todos juntos no podían con este solo. Allí se vio en gran peligro, porque se le quebró la lanza, y los escuderos le daban mucha priesa, mas fingiendo que huía, puso las piernas a su caballo y arremetió al escudero que derribara, y como una ave se colgó de la silla y le tomó su lanza,¹⁵ con la cual volvió a hacer rostro a sus enemigos, que le iban siguiendo, pensando que huía, y dióse tan buena maña que a poco rato tenía, de los tres, los dos en el suelo. El otro que quedaba, viendo la necesidad de sus compañeros, tocó el cuerno, y fue a ayudarlos. Aquí se trabó fuertemente la escaramuza porque ellos estaban afrontados de ver que un caballero les duraba tanto, y a él le iba más que la vida en defenderse de ellos. A esta hora le dio uno de los dos escuderos una lanzada en un muslo, que a no ser el golpe en soslayo, se le pasara todo. Él, con rabia de verse herido, volvió por sí y dióle una lanzada que dio con él y con su caballo muy malherido en tierra.

¹³ Véase la nota 43 de la p. 12.

¹⁴ 'se volvió'.

¹⁵ Véanse las notas 50 y 51 de la p. 13.

III

VERSIÓN DE LA «DIANA»
DE JORGE DE MONTEMAYOR

En tiempo del valeroso infante don Fernando, que después fue rey de Aragón, hubo un caballero en España llamado Rodrigo de Narváez, cuya virtud y esfuerzo fue tan grande, que así en la guerra como en la paz alcanzó nombre muy principal entre todos los de su tiempo. Y señaladamente se mostró cuando el dicho señor infante ganó de poder de los moros la ciudad de Antequera, dando a entender en muchas empresas y hechos de armas que en esta guerra sucedieron un ánimo muy entero, un corazón invencible y una liberalidad mediante la cual el buen capitán no solo es estimado de su gente, mas aun la ajena hace suya. A cuya causa mereció que después de ganada aquella tierra, en recompensa, aunque desigual a sus excelentes hechos, se le dio la alcaidía y defensa de ella. Y junto a esto, se le dio también la de Álora, adonde estuvo lo más del tiempo, con cincuenta hidalgos escogidos, a sueldo del rey, para defensa y seguridad de la fuerza.¹ Los cuales, con el buen gobierno de su capitán, emprendían muy valerosas empresas en defensión de la fe cristiana, saliendo con mucha honra de ellas y perpetuando su fama con los señalados hechos que en ellas hacían.

Pues como sus ánimos fuesen tan enemigos de la ociosidad, y el ejercicio de las armas fuese tan acepto al corazón del valeroso alcaide, una noche de verano, cuya claridad y frescura de un blando viento convidaba a no dejar de gozalla, el alcaide con nueve de sus caballeros (porque los demás quedasen en guarda de la fuerza), armados a punto de guerra, se salieron de Álora por ver si los moros, sus fronteros, se descuidaban, y confiados en ser de noche, pasaban por algún camino de los que cerca de la villa estaban. Pues yendo los nueve caballeros y su capitán valeroso con todo el secreto posible y con muy gran cuidado de no ser sentidos, llegaron adonde el camino por do iban se repartía en dos, y después de tener su consejo, acordaron de repartirse cinco por cada uno, con tal orden, que si los unos se viesen en algún aprieto, tocando una corneta, serían socorridos de los otros. Y de esta manera, el alcaide y los cua-

¹ Véase la nota 3 de la p. 5. Como se ha hecho ya en el texto del *Inventario*, para la aclaración o comentario de determinados pasajes, se remite ocasionalmente a las explicaciones ya dadas en

las notas a la versión de la *Crónica*. En el índice de notas se pueden consultar los lugares en que se da razón de términos o expresiones que entrañan alguna dificultad.

tro de ellos echaron a la una mano, y los otros cinco a la otra; los cuales yendo por el camino, hablando en diversas cosas y deseando cada uno de ellos hallar en qué emplear su persona y señalarse, como cada día acostumbraban hacer, oyeron no muy lejos de sí una voz de hombre que suavísimamente cantaba y de cuando en cuando daba un suspiro que del alma le salía, en el cual daba muy bien a entender que alguna pasión enamorada le ocupaba el pensamiento. Los caballeros, que esto oyeron, se meten entre una arboleada que cerca del camino había, y como la luna fuese tan clara, que de día no lo era más, vieron venir por el camino donde ellos iban un moro tan gentil hombre y bien tallado, que su persona daba bien a entender que debía ser de gran linaje y esfuerzo. Venía en un gran caballo rucio rodado, vestía una marlota y albornoz de damasco carmesí con rapacejos de oro, y las labores de él, cercadas de cordoncillo de plata. Traía en la cinta un hermoso alfanje con muchas borlas de seda y oro, en la cabeza una toca tunecí de seda y algodón, listada de oro y rapacejos de lo mismo, la cual, dándole muchas vueltas por la cabeza, le servía de ornamento y defensa de su persona. Traía una adarga en el brazo izquierdo, muy grande, y en la derecha mano, una lanza de dos hierros. Con tan gentil aire y continente venía el enamorado moro, que no se podía más desear. Y advirtiendo a la canción que decía, oyeron que el romance de ella, aunque en arábigo la dijese, era este:

En Cártama me he criado,
 nací en Granada primero,
 mas fui de Álora frontero
 y en Coín enamorado.
 Aunque en Granada nací,
 y en Cártama me crié,
 en Coín tengo mi fe,
 con la libertad que di.
 Allí vivo adonde muero,
 y estoy do está mi cuidado,
 y de Álora soy frontero,
 y en Coín enamorado.²

² Véase la nota 43 de la p. 12.

Los cinco caballeros, que quizá de las pasiones enamoradas tenían poca experiencia, o ya que la tuviesen, tenían más ojo al interés que tan buena presa les prometía que a la enamorada canción del moro, saliendo de la emboscada dieron con gran ímpetu sobre él; mas el valiente moro, que en semejantes cosas era experimentado (aunque entonces el amor fuese señor de sus pensamientos), no dejó de volver sobre sí con mucho ánimo, y con la lanza en la mano, comienza a escaramuzar con todos los cinco cristianos, a los cuales muy en breve dio a conocer que no era menos valiente que enamorado. Algunos dicen que vinieron a él uno a uno, pero los que han llegado al cabo con la verdad de esta historia no dicen sino que fueron todos juntos, y es razonable cosa de creer que para prendelle irían todos, y que cuando viesen que se defendía, se apartarían los cuatro.³ Como quiera que sea, él los puso en tanta necesidad, que derribando los tres, los otros dos le cometían con grandísimo ánimo, y no era menester poco, según el valiente adversario que tenían, porque, puesto caso que anduviese herido en un muslo, aunque no de herida peligrosa, no era su esfuerzo de manera que aun las heridas mortales le pudiesen espantar. Pues habiendo perdido su lanza, puso las piernas al caballo haciendo muestra de huir; los dos caballeros lo seguían, y él vuelve a pasar por entre ellos como un rayo, y en llegando a donde estaba uno de los tres que él había derribado, se dejó colgar del caballo, y tomando la lanza, se volvió a enderezar con gran ligereza en la silla.⁴ A esta hora, uno de los dos escuderos tocó el cuerno y él se vino a ellos. Y los traía de manera que si aquella hora el valeroso alcaide no llegara, llevaran el camino de los tres compañeros que en el campo estaban tendidos. Pues como el alcaide llegó y vido cuán valerosamente el moro se combatía, túvolo en mucho y deseó en extremo probarse con él, y muy cortésmente le dijo:

—Por cierto, caballero, no es vuestra valentía y esfuerzo de manera que no se gane mucha honra en venceros, y si esta la fortuna me otorgase, no ternía más que pedille. Mas aunque sé al peligro que me pongo con quien tan bien se sabe defender, no dejaré de hacello, pues que ya en el acometello no puede dejar de ganarse mucho.

³ Acerca de la explícita referencia que hace el autor de esta versión del relato a las fuentes de que se sirve para la

redacción de este pasaje, véase el Estudio, pp. 194-195.

⁴ Véase la nota 52 de la p. 13.

Y diciendo esto hizo apartar los suyos, poniéndose el vencido por premio del vencedor. Apartados que fueron, la escaramuza entre los dos valientes caballeros se comenzó. El valeroso Narváez deseaba la victoria porque la valentía del moro le acrecentaba la gloria que con ella esperaba. El esforzado moro no menos que el alcaide la deseaba, y no con otro fin, sino de conseguir el de su esperanza. Y así andaban los dos tan ligeros en el herirse, y tan osados en acometerse, que si el cansancio pasado y la herida que el moro tenía no se lo estorbara, con dificultad hubiera el alcaide victoria de aquel hecho. Mas esto, y el no poder ya menearse su caballo, muy claramente se la prometían, y no porque al moro se conociese punto de cobardía, mas como vio que en sola esta batalla le iba la vida, la cual él trocara por el contentamiento que la fortuna entonces le negaba, se esforzó cuanto pudo, y poniéndose sobre los estribos, dio al alcaide una gran lanzada por encima del adarga. El cual, recibido aquel golpe, le respondió con otro en el brazo derecho, y atreviéndose en sus fuerzas, si a brazos viniesen, arremetió con él, y con tanta fuerza le abrazó, que sacándolo de la silla, dio con él en tierra, diciendo:

—Caballero, date por mí vencido, si más no estimas serlo que la vida que en mis manos tienes.

—Matarme —respondió el moro— está en tu mano, como dices, pero no me hará tanto mal la fortuna que pueda ser vencido sino de quien mucho ha que me he dejado vencer. Y este solo contento me queda de la prisión a que mi desdicha me ha traído.

No miró el alcaide tanto en las palabras del moro que por entonces le preguntase a qué fin las decía; mas usando de aquella clemencia que el vencedor valeroso suele usar con el desamparado de la fortuna, lo ayudó a levantar y él mismo le apretó las llagas, las cuales no eran tan grandes que le estorbasen a subir en su caballo. Y así todos juntos con la presa tomaron el camino de Álora. El alcaide llevaba siempre en el moro puestos los ojos, pareciéndole de gentil talle y disposición. Acordábasele de lo que le había visto hacer. Parecíale demasiada tristeza la que llevaba para un ánimo tan grande, y porque también se juntaban a esto algunos sospiros que daban a entender más pena de la que se podía pensar que cupiera en hombre tan valiente, y queriéndose informar mejor de la causa de esto, le dijo:

—Caballero, mira que el prisionero que en la prisión pierde el ánimo, aventura el derecho de la libertad, y que en las cosas de la

guerra se han de recibir las adversas con tan buen rostro que se merezca, por esta fuerza de ánimo, gozar de las prósperas. Y no me parece que estos suspiros corresponden al valor y esfuerzo que tu persona ha mostrado, ni las heridas son tan grandes que se aventure la vida, la cual no has mostrado tener en tanto que por la honra no dejases de olvidalla. Pues si otra ocasión te da tristeza, dímela, que por la fe de caballero te juro que use contigo de tanta amistad, que jamás te puedas quejar de habérmelo dicho.

El moro, oyendo las palabras del alcaide, las cuales argüían un ánimo grande y magnánimo, y la oferta que le habían hecho de ayudallo, parecióle discreción muy grande no encubrielle la causa de su mal, pues sus palabras le daban tan grande esperanza de remedio. Y alzando el rostro, que con el peso de la tristeza lo llevaba inclinado, le dijo:

—¿Cómo te llamas, caballero, que tanto esfuerzo me pones y tanto sentimiento muestras tener de mi mal?

—Esto no te negaré yo —dijo el alcaide—: a mí me llaman Rodrigo de Narváez. Soy alcaide de Álora y Antequera, tengo aquellas dos fuerzas por el rey de Castilla, mi señor.

Cuando el moro le oyó esto, con un semblante algo más alegre que hasta allí, le dijo:

—En extremo me huelgo que mi mala fortuna traiga un descuento tan bueno como es haberme puesto en tus manos, de cuyo esfuerzo y virtud muchos días ha que soy informado. Y aunque más cara me costase la experiencia, no me puedo agraviar, pues como digo, me desagravia verme en poder de una persona tan principal. Y porque ser vencido de ti me obliga a tenerme en mucho (y que de mí no se entienda flaqueza si en tan gran ocasión que no sea en mi mano dejar de tenella), suplicote, por quien eres, que mandes apartar tus caballeros, para que entiendas que no el dolor de las heridas ni la pena de verme tu preso es causa de mi tristeza.

El alcaide, oyendo estas razones al moro, túvolo en mucho, y porque en extremo deseaba informarse de su sospecha, mandó a sus caballeros que fuesen algo delante, y quedando solos los dos, el moro, sacando del alma un profundo suspiro, dijo de esta manera:

—Valeroso alcaide, si la experiencia de tu gran virtud no me la hubiese el tiempo puesto delante los ojos, muy escusadas serían las palabras que tu voluntad me fuerza a decir, ni la cuenta que te pienso dar de una vida que cada hora es cercada de mil desasosiegos y sospechas, la menor de las cuales te parecerá peor que mil

VERSIONES, AUTORÍAS, FUENTES Y FORTUNA DEL «ABENCERRAJE»

1. LA TELA DE PENÉLOPE

El *Abencerraje*, *novella* de moros y cristianos, se ha conservado en tres versiones distintas de mediados del siglo XVI. La crítica ha preferido siempre, dadas su pulcritud y austeridad estilísticas, priorizar la versión del medinense Antonio de Villegas, pese a que un análisis pormenorizado de las variantes arroja la conclusión de que no es el suyo el texto más cercano al original, además de que añade una larga interpolación que poco o nada tiene que ver con el espíritu del cuento. La versión más antigua del *Abencerraje*, a la que se da el título de *Crónica* en atención a su primera frase, *Crónica del inclito infante don Fernando*, tampoco corresponde, en rigor, al texto original, pero es la que más próxima está de él entre las que se han conservado. Nos ha llegado en forma de opúsculo de escasa calidad, en dos ejemplares procedentes de imprentas distintas, a los que faltan algunas páginas, si bien por fortuna no se trata de las mismas y de este modo pueden completarse. La versión de Villegas es muy cercana a la de la *Crónica*, cuyo estilo pule, recortando frases de varios pasajes y escenas; es probable que circulara manuscrita en los cenáculos vallisoletanos antes de publicarse algo tardíamente junto a otras obras misceláneas del mismo autor bajo el título de *Inventario* (1565). La tercera versión conservada es la interpolada al final del capítulo cuarto de la *Diana* de Montemayor, en la edición vallisoletana de 1561; es la más alejada del texto original y la que se permite más licencias, aunque conoce las otras dos y las compulsa en alguna escena.

Pese a que las tres versiones guardan entre sí evidentes parecidos, se percibe en cada una de ellas la impronta de sensibilidades artísticas distintas, que reescriben según un criterio estilístico dispar esa tela de Penélope en que terminó convirtiéndose el *Abencerraje*. Esta edición trata de devolver cada una de las versiones al lugar que le corresponde en relación con las demás: por esta razón se editan las tres, facilitando su consulta conjunta y sin regatear al lector la posibilidad de saborear los méritos propios de cada una.

La versión más antigua requería urgentemente una edición crítica y anotada, que restaurara algunas frases deturpadas por la im-

prenta. Desempolvar la *Crónica del ínclito infante don Fernando*, la versión del *Abencerraje* más desdeñada por la crítica y los editores, constituye todo un redescubrimiento y ha contribuido de forma muy eficaz a comprender las motivaciones y la historia del texto. Impresa en un soporte muy humilde, semejante a los pliegos de cordel, con su miniatura y su letra gótica rotunda, el texto parece haberse transmitido por vía oral, transcrito de memoria o compuesto de una forma —quizá al dictado— que impedía volver atrás para corregirlo. Está plagado de conjunciones copulativas, concordancias *ad sensum*, reiteraciones de vocablos y alguna frase con la sintaxis a la deriva,¹ pero al mismo tiempo se reconoce en él la mano de un narrador culto, con la deliberación propia de la escritura, capaz de trazar con maestría ágiles escenas de escaramuza y en otros momentos detenerse en la descripción de los estados de ánimo con un ritmo suave, transido de melancolía. Priorizar esta versión ha facilitado la anotación e identificación de las fuentes, pues la mayoría de sus lecciones está más cerca del texto original que en las reelaboraciones posteriores. De los datos que van aflorando en la anotación de la *Crónica*, se desprende que su autor fue un escritor con bagaje de marchamo italiano, lector de novelas caballerescas, admirador del romancero y apasionado de la lírica garcilasiana. Es posible defender que se tratara de Jerónimo Jiménez de Urrea, como se verá en el siguiente apartado de este Estudio.

La versión de Villegas hace gala de un estilo sutilmente depurado, y suaviza el intenso erotismo de varias escenas, lo que debió de contribuir a que la crítica de mediados del siglo xx la prefiriera frente a las otras, y a que, seguramente por inercia, siga gozando de una mayor aceptación del público lector todavía en el presente.

En cuanto a la versión que con toda probabilidad escribió Montemayor, y que se interpoló el mismo año de su muerte en su no-

¹ Cabe conjeturar la intervención de un segundo «autor», responsable de la transmisión del texto. Recordemos el caso, documentado por Cátedra [2002], de Mateo de Brizuela, ciego «de poca vista», que, según el testimonio del impresor Francisco García, aunque no era ciego, andaba «en hábito de ello» y, como tal, no solo podía asumir la condición de autor, sino también de difusor e impresor. También está el caso de ciertos ayudantes de las imprentas, dispuestos a adaptar textos, resumirlos o plagiarlos, como Luis Hurtado de Toledo para las prensas de Miguel de Ferrer (véase al respecto Gamba Corradine 2016:369-392). Las abreviaciones de antiguas leyendas destinadas a la publicación de cordel parecen surgir de un submundo editorial que todavía hoy permanece en la penumbra y pendiente de investigación.

vela,² constituye una bella recreación que amplifica la faceta psicológica y sentimental del relato, al tiempo que musicaliza el estilo neutro de las versiones anteriores. Esta versión «pastoril» dio a conocer la historia del *Abencerraje* al resto de Europa, convirtiéndola, merced a las numerosas traducciones de la *Diana* al francés, inglés, italiano y alemán, en fuente de inspiración de numerosos narradores y dramaturgos de otros países.

En otro orden de consideración, puede que los tres textos del *Abencerraje* no sean solo consecuencia de diferentes apuestas, e incluso, como se verá, de rencillas personales y literarias, sino que contengan el rastro de diferentes hábitos de lectura, silenciosa e interiorizada o en voz alta.³ La *Crónica*, tal y como ha llegado hasta nosotros, da fe de que se «contaba», es decir, era leída en voz alta. La versión incluida en el *Inventario* de Villegas sin duda estaba destinada a leerse en silencio. Y en cuanto a la versión de la *Diana*, probablemente se «recitaba» o leía entonando su melopeya.

La *Crónica*, por su parte, comparte su carácter oral con otras obras poco estudiadas que están a medio camino entre la crónica aligerada, la prosificación del romance y la abreviación de la leyenda. Se trataba de resúmenes en prosa rauda, rehacimientos anónimos ofrecidos a la voracidad del vulgo y a los ocios de no pocos discretos, como la obra que circula con el título de *Crónica Troyana* (publicada una y otra vez desde la edición de 1490 por Juan de Burgos, y a todo lo largo del xvi por varias imprentas),⁴ o la *Crónica del noble caballero el conde Fernán González, con la muerte de los siete infantes de Lara*, divulgadoras de unas leyendas que seguirán triunfando en la literatura de cordel en el siglo xix. Curiosamen-

² Véase Fosalba [1990, 1994]. En el apartado dedicado a la «Historia del texto» se corrigen y refuerzan los argumentos que se dan en estos dos trabajos.

³ Véanse las aportaciones acerca de la lectura silenciosa y en voz alta de Frenk [1997] y Cavallo y Chartier [1997]; sobre los avatares de la transmisión de la literatura popular impresa, Cátedra [2002].

⁴ En 1490 apareció en Burgos, en el taller de Juan de Burgos, una *Crónica Troyana* cuyos materiales proceden del *Leomarte* y de una versión castellana hoy perdida de la *Historia destructionis Troiae* de Guido de la Columna. Esta *Crónica* de 1490 se reeditó en numerosas ocasiones: Burgos (1491), Pamplona (1500), Sevilla (1509, 1519, 1527, 1533, 1540, 1543, 1545 y 1552), Toledo (1512 y 1562) y Medina del Campo (1587). Se trata de la misma obra, solo que en 1509 Pedro Núñez Delgado modificó su estructura (que dividió en cuatro partes con sus capítulos numerados a partir del uno) y modernizó ligeramente el texto. Véase la *Crónica Troyana* editada por María Sanz Julián.

te, ambos opúsculos, como nuestra *Crónica del inclito infante don Fernando*, aterrizarán a mediados del xvi en los tórculos toledanos de Miguel Ferrer.

2. AUTORÍAS DE LAS TRES VERSIONES

Nada se sabe acerca de la autoría de la versión más antigua del *Abencerraje*. No obstante, gracias a los esfuerzos de Soledad Carrasco [1972], contamos con un panorama político muy completo de la zona aragonesa de donde era oriundo Jerónimo Jiménez Dembún, señor de Bárboles y Oitura, a quien está dedicado el texto. La investigadora partió de dos hallazgos de López Estrada [1959:52]: por un lado, la demostración de que los señores de Bárboles emparentaron a lo largo del siglo xvi con dos ricas familias de cristianos nuevos a las que pertenecían tanto la madre como la esposa de Jerónimo Jiménez Dembún, y, por otro, la certeza de que los vasallos del señor de Bárboles eran en su gran mayoría «nuevos convertidos de moros».⁵ El artículo que Carrasco dedicó a los rasgos de este ambiente mudéjar de las cortes de Aragón es, de hecho, un resumen de la pormenorizada monografía que la misma autora dedicó en 1969 a *El problema morisco en Aragón al comienzo del reinado de Felipe II*, sobre la intensa campaña política que en aquellos años llevó a cabo la nobleza aragonesa contra los avances de la Inquisición y el papel que Jiménez Dembún desempeñó en las gestiones preliminares para que fuese revocado el edicto de desarme que iba a recaer sobre los «convertidos de moros» en Aragón. Esta apuesta política por parte de los fueristas aragoneses a favor de la convivencia pacífica entre moriscos y cristianos, que abogaba por el respeto hacia las señas de identidad de los mudéjares, aunque movida por intereses eminentemente económicos, coincide muy a propósito con los ideales que respira el *Abencerraje*, que, según Soledad Carrasco, podían adquirir un valor simbólico y dar apoyo moral a un conflicto candente. La estudiosa también llamó la atención sobre el paisaje cultural de aquella zona mudéjar de Aragón: en

⁵ Guillén [1965:179] completó esta información al exhumar un documento inquisitorial en que mosén Jerónimo aparece mencionado, prueba de su intervención a favor de los moriscos en las pugnas habidas con el Santo Oficio.

Épila se publicó la *Clara Diana a lo divino* de Bartolomé de Ponce (1580), y por deseo del editor zaragozano Suelves se publicaron en 1562 las obras de Ausiàs March, en la traducción de Montemayor, y una edición del *Cancionero* del mismo autor portugués.⁶ Ambas obras, recuérdese ahora, aparecieron dedicadas a don Juan Jiménez de Urrea, III conde de Aranda, vizconde de Biota (nieto y sucesor de Miguel, muerto en 1550, y sobrino nieto de Pedro Manuel), uno de los fueristas más destacados, junto al señor de Bárboles, en la crisis de 1558.

A la madre de Juan Jiménez de Urrea, doña Juana de Toledo, dedicó una octava entera de su célebre traducción del *Orlando furioso* de Ariosto (Amberes, 1549) Jerónimo Jiménez de Urrea, pariente por la rama bastarda del heredero del condado de Aranda.⁷ En la mejor tradición del soldado poeta, Urrea fue en su juventud amigo de otros personajes de la misma condición, como Garcilaso, Gutierre de Cetina y el duque de Sessa.⁸ Tradujo también al castellano la *Arcadia* de Sannazaro, pero la versión permaneció manuscrita. Al reparar en el conjunto de publicaciones zaragozanas, algunas editadas por Suelves (Ausiàs March, Montemayor, Ponce de León), Carrasco señaló entre sus notas, muy sagazmente, la figura de este interesantísimo personaje, oriundo de Épila,⁹ para descartar

⁶ El *Cancionero* reproducía a su vez una dedicatoria al duque de Sessa (que ya se encontraba en la edición amberina de 1558).

⁷ «A doña Juana de Toledo vido, / la condesa d'Aranda, muy hermosa, / quien la gran honra ibera habrá subido / a su señal antigua, gloriosa. / Oh dichoso Aragón, que habrás tenido / mujer tan sabia, honesta y religiosa, / gentil, discreta, honrada a maravilla, / dechado de las damas de Castilla». También elogiará a don Juan de Urrea en la octava 43 del canto XXXV, «que ganará un reino a moros en Valencia», y en la octava 61 del mismo canto a su padre: «de Urrea el postrimero, / vizconde de Viota, el más famoso». En el canto XLII, octava 99, otro miembro de su propio linaje será ensalzado: «Sobre el de Urrea estaba, el excelente / conde d'Aranda». Véanse los apéndices a la edición de Segre y Muñiz [2002:3019-3053].

⁸ Mele y Alonso Cortés recordaron que Gonzalo Fernández de Córdoba había escrito al menos dos sonetos: «En uno de ellos, imitado del de Garcilaso en “Cuando me paro a contemplar mi estado”, lamenta la total pérdida de su fortuna: “Cuando reparo y miro lo que he andado” (Mele y Alonso Cortés 1930:15). Agréguese que otro soneto suyo, en respuesta a uno que le dirigió en español Scipione de Monti («Si al gran Gonzalo Hernández vuestro abuelo»), se encuentra en *Rime et Versi in lode della Illma et Ecc.ma D. Givvanna Castriota... raccolti da D. Scipione de Monti*, Vico Equense, 1585, p. 218.

⁹ Véase Fosalba [2015]. Según J.F. Andrés de Uztarroz, el más antiguo biógrafo del aragonés, Jerónimo Jiménez de Urrea nació en Épila; véase el «Elogio a la

después con cierta precipitación que pudiera ser autor del *Abencerraje*: «No indico estos puntos de contacto con la intención de lanzar una atribución de autoría. Para ello no hay fundamento, y, por otro lado, lo que conozco de ficción de Urrea me parece evocar un clima emocional e imaginativo muy distinto de la luminosa atmósfera que envuelve la historia de Abindarráez. Simplemente deseo señalar que hubo, sin duda, contacto personal o epistolar frecuente entre los ingenios del grupo de Épila y Bárboles, a cuya angustia vital esta obrita ofrecía un punto de compensación, y el laborioso autor y traductor, que engloba yuxtapuestos en la totalidad de sus escritos muchos de los elementos fundidos en prodigiosa síntesis dentro de la novela» (Carrasco 1972:125).

No obstante, vale la pena reconsiderar esta posibilidad: sin intención de incurrir en una defensa paladina de la autoría de Jerónimo Jiménez de Urrea,¹⁰ tiene interés analizar con más demora algunos aspectos de su vida y obra para observar con algún detenimiento en qué medida puede encajar con la ideología y la formación del creador de la versión más antigua del *Abencerraje*.¹¹

JERÓNIMO JIMÉNEZ DE URREA, ¿AUTOR DEL PRIMER «ABENCERRAJE»?

Si se compara el estilo del *Abencerraje* y el de *Don Clarisel de las flores*, famosa y extensa novela de caballerías de Jiménez de Urrea, todavía hoy inédita en su práctica totalidad, es difícil encontrar puntos de contacto; pero no hay que olvidar que el *usus scribendi* está en la segunda de estas dos obras muy adulterado por la tendencia arcaizante que en la época se adscribía a las novelas de caballerías, costumbre de la que no sin razón se mofaba Cervantes en su *Quijote*; además, como pone de manifiesto Geneste [1975, II:580-583], el texto de *Don Clarisel* fue retocado minuciosamente por una mano que no necesariamente hubo de ser la del propio autor.

memoria ilustre de don Jerónimo Jiménez de Urrea», de 1642, publicado en los preliminares del *Diálogo de la verdadera honra militar*, pp. 31-35.

¹⁰ Véase al respecto Fosalba [2015].

¹¹ La monografía más completa acerca de la vida y obra de Jerónimo Jiménez de Urrea sigue siendo la espléndida tesis doctoral de Pierre Geneste, publicada en 1975, que proporciona buena parte de los datos que se aducirán a partir de aquí.

TABLA

Presentación	IX
--------------	----

EL ABENCERRAJE

VERSIÓN DE LA «CRÓNICA»	
Título	5
Dedicatoria	7
Comienza la obra	9
VERSIÓN DEL «INVENTARIO»	37
VERSIÓN DE LA «DIANA»	61

ESTUDIO Y ANEXOS

VERSIONES, AUTORÍAS, FUENTES Y FORTUNA DEL «ABENCERRAJE»

1. LA TELA DE PENÉLOPE	83
2. AUTORÍAS DE LAS TRES VERSIONES	86
Jerónimo Jiménez de Urrea, ¿autor del primer «Abencerraje»?	88
<i>Vida de Jerónimo Jiménez de Urrea</i>	92
<i>Más indicios de la hipotética autoría de Jiménez de Urrea</i>	99
Antonio de Villegas, autor del «Inventario»	108
Jorge de Montemayor, autor del «Abencerraje» de la «Diana»	109
Tensiones y enemistades literarias	115
3. TRASFONDO HISTÓRICO DEL «ABENCERRAJE»	122
Raíces romanceriles y cronísticas de la leyenda	124
El castigo de los Abencerrajes	129
El antagonista cristiano	134
4. TRADICIÓN SENTIMENTAL	137
Bucolismo del «Abencerraje»	143

5. IMPACTO DE LA NOVELA MORISCA EN EUROPA	
España	
<i>La gran secuela del «Abencerraje»: primera parte de las «Guerras civiles de Granada»</i>	146
<i>El romancero en la idealización de la primera parte de las «Guerras civiles»</i>	153
El siglo xvii: Francia	
<i>Traducciones del «Abencerraje» y de las «Guerras civiles»</i>	159
Maurofilia y novela de tema moro	163
<i>Las novelas de Madame de La Fayette</i>	169
El siglo xvii: Italia	
<i>Adaptaciones del «Abencerraje»</i>	175
El siglo xvii: Inglaterra	179
El siglo xviii	
<i>Francia y el romanticismo del tema granadino</i>	180
6. HISTORIA DEL TEXTO	183
Relación de precedencia entre los dos ejemplares conservados de la «Crónica»	186
Presunta superioridad estilística del «Abencerraje» de Villegas	187
El orden de las tres versiones	189
<i>Prioridad de la «Crónica»</i>	190
<i>Tres tradiciones textuales</i>	193
<i>Más indicios de la prioridad de la «Crónica»</i>	196
<i>Rasgos de oralidad en la «Crónica»</i>	200
<i>Progresivo proceso de estilización en las versiones del «Inventario» y de la «Diana»</i>	203
<i>Lecciones solo comunes a la «Crónica» y la «Diana»</i>	208
<i>Lecciones solo comunes al «Inventario» y la «Diana»</i>	210
<i>La interpolación de Villegas</i>	214
<i>La depuración del texto en la «Diana»</i>	217
<i>Las ampliaciones de la «Diana»</i>	222
<i>La interpolación de un pasaje amoroso: la sextina</i>	228
<i>Estudio del estilo de las ampliaciones</i>	230
Jorge de Montemayor, más que posible autor del «Abencerraje» de la «Diana»	234

<i>Los lusismos de las ampliaciones</i>	242
<i>Sobre Jorge de Montemayor plagiarlo</i>	246
Conclusiones sobre la transmisión textual	251
7. ESTA EDICIÓN	253
Agradecimientos	255
ANEXO I. «Guerras civiles de Granada». Selección	
Breve presentación de algunos de los linajes más destacados de la aristocracia granadina	257
El reto del maestro Rodrigo Téllez de Girón	258
Zaide y Zaida	266
Corrida de toros y elogio de los Abencerrajes	271
La gran traición que los zegríes y gomeles levantaron a la reina mora y a los caballeros Abencerrajes, y muerte de ellos	276
Decapitación de los Abencerrajes en el Cuarto de los Leones	282
La batalla por devolver la libertad de la reina	287
ANEXO II. El manuscrito de Ronda	293
Historia del moro y Narváez, alcaide Ronda	294
APARATO CRÍTICO	
Versión de la «Crónica»	297
Versión del «Inventario»	298
Versión de la «Diana»	299
NOTAS COMPLEMENTARIAS	303
BIBLIOGRAFÍA	329
ÍNDICE DE NOTAS	351